

UN ÁNGULO ME BASTA

PREGUNTAS

Libros que
nos interpelan

FERMÍN HERRERO



atención, «como tarea espiritual primordial»: «con frecuencia aquello que nos parece más insignificante revela, para nuestra sorpresa un interés que al principio no vimos», lo mismo que Guadalupe Arbona en su dietario 'Enredada en azul' (Encuentro). De hecho confiesa que lo escribe literalmente «para darme cuenta de lo que me pasa», es decir para fijar aquello en lo que no solemos reparar, atolondrados por nuestro ritmo laboral ajetreado. Arbona, profesora de larga trayectoria académica y autora de numerosas monografías críticas, debutó en la creación literaria, si bien a tenor de alguna de las entradas va a publicar pronto un libro de relatos y prosas poéticas que atestiguan su condición última de poeta, con otro original y espléndido diario, 'Puerta principal', con la enfermedad como telón de fondo y en cuya estela se sitúa éste, de título procedente de una canción del mentado Dylan.

Junto a la cita dylaniana, con parte de la letra de la canción, abre el libro una referencia al azul de Jiménez Lozano, de quien partíamos, sin duda uno de sus escritores de cabecera, al que ha estudiado en profundidad, en concreto sobre el valor primigenio del color y su «trasunto de la pureza primitiva». Y en verdad Arbona es capaz después en sus entradas de recoger el azul sobrante de la creación, lo luminoso, si bien frágil, su prodigio, y entregárnoslo en for-



EL PEQUEÑO CAMINO DE LAS GRANDES PREGUNTAS
JOSÉ TOLENTINO MENDONÇA
Fragmenta, 176 pp., 17 €.



LOS IMPERDONABLES
CRISTINA CAMPO
Siruela, 298 pp., 22,95 €.



ENREDADA EN AZUL
GUADALUPE ARBONA
Encuentro, 292 pp., 21 €.

En 'Evocaciones y presencias', sus diarios póstumos recientemente publicados, José Jiménez Lozano reflexionaba así, al final de uno de sus apuntamientos: «Y tal es la desdichada conciencia de la vida, me parece a mí, del que no puede sentir la armonía y serenidad del vivir, situado ante el cuadro de los campesinos rezando a la hora del ángelus de la tarde de Millet, y cree que es una estampa costumbrista». En esa ceguera completa hacia cualquier manifestación de lo espiritual nos encontramos casi todos en estos tiempos posmodernos y pandémicos, con lo que lleva aparejada de darle la espalda a las preguntas primordiales que nos han hecho personas. Satisfechos de nosotros mismos, del bienestar con que el progreso nos somete a la banalidad tecnológica, nos regodeamos en nuestra poquedad, en nuestra insignificancia materialista.

Por fortuna no es el caso de los tres autores contemporáneos cuyos libros comentamos hoy; su obra, un aldabonazo para nuestra conciencia, es de mucho provecho y por tanto nos puede ayudar a vivir más y mejor. José Tolentino Mendonça, especialista en estudios bíblicos, teólogo y desde el año pasado cardenal, es uno de los ensayistas más reconocidos de las letras portuguesas actuales, además de poeta. En estas páginas recomendamos en su día 'Pequeña teología de la lentitud', donde ya recetaba el reposo y el recogimiento para encontrarnos con nosotros mismos. Ahora se publica en español, en la misma línea, también en la editorial Fragmenta, 'El pequeño camino de las grandes preguntas'.

La clave de lectura del volumen, formado por apartados con título, breves, pues ninguno sobrepasa la página de extensión, la proporciona el segundo texto, a partir de una serie de preguntas, once, de entre las que planteó en su escritura Clarice Lispector, pues for-

man la columna dorsal de las reflexiones de Tolentino, «ventanas inolvidables» que se abren a la existencia múltiple, plural, desde todos los campos del saber y el arte. Nada le es ajeno a su mirada abarcadora: de la antropología (Augé, Le Breton) a la danza (Martha Graham, Merce Cunningham), de la sociología (Bauman) al cómic (Pratt), de la escultura (Miguel Ángel) al teatro (Beckett), del psicoanálisis (Dolto) a la mística (maestro Eckhart), de la pintura (Cézanne) a la música (Dylan), de la historia (Plutarco) a la teología (Michel de Certeau, John Henry Newman), por espigar algunos. Del cine nos trae a Tavernier, Morretti, Tarkovski, Allen, Wenders u Oliveira, su compatriota. Y, por supuesto, muchos filósofos, poetas y narradores, cuyo simple índice onomástico sería impresionante. Sin contar con inclasificables esenciales, que no me resisto a nombrar, como Etty Hillesum, Simone Weil o Edith Stein.

De todos nos ofrece lo más grande. Entiende cada vida como el lugar de Dios, que no deja de ser una interrogación, sobre todo «en los pequeños gestos, en las tareas poco heroicas, en el silabario minúsculo de los días». La vida, asombrosa, indescifrable, «que no es solo pura biología, facticidad elemental, sino amor, intencionalidad, ética, arte, deseo, sueño y búsqueda». Entiende cada pregunta como «una posibilidad de nacer», al modo del arranque de 'El cielo sobre Berlín', en la seguridad de que «el verdadero viaje es aquel en el que la pregunta queda sin respuesta o se hace más amplia». En este sentido aboga por la amistad, el silencio, la bondad, la ternura, la vuelta al campo, la desacralización del dinero, el entusiasmo ante la creación, la búsqueda de la sabiduría, la soledad, el abrazo, el perdón, la levedad, la oración, la esperanza, en fin, por encima de todo el amor al prójimo. No puede decirse que no muestre salidas, respuestas.

Elogia también la espera y la

ma de afectos y de sentido, con una humildad tan generosa que conmueve. Su norte, como el de Tolentino, es mantener, en la medida de lo posible, frente a la tristeza inmanente y congénita, lo que el luso llama «la perfecta alegría» a partir de san Francisco de Asís, «un Evangelio necesario, pero difícil». Da igual que esté como de costumbre en Madrid o de investigadora en Cambridge, en la costa dálmata o en la gaditana por Caños de Meca, en las inmediaciones de los Dolomitas, en Edimburgo, en Monza o en Londres, siempre, a pesar de los pesares y dolores, agradece y eleva, con un amor dichoso, la belleza innegable del mundo, que nos entrega sin más, como el don que es.

Igual que Tolentino, cuenta con la ventaja de la fe, salvoconducto para los que la tienen, muro infranqueable para los que no. Si bien el portugués nos recuerda su carácter de aporía, de «arte del riesgo», hipótesis, expectativa siempre en combate, a tientas, insegura de por sí, aun siendo «ancla, verdad, sentido». Acude Arbona en su defecto, como decíamos, a lo poético, para superar lo «áspero y escabroso» de la existencia y de uno mismo, esparce por sus páginas quietud, admiración, agradecimiento, cualidades que advierte en el monumental 'Salón de Pasos Perdidos' de Andrés Trapiello –referencia del presente, al lado de J. Á. González Sainz o José Mateos; entre sus cómplices espirituales: María Zambrano, Teresa de Jesús, recientemente Rachel Carson... se sitúa en primer término Flannery O'Connor, de la que es especialista consumada– para hacerlas suyas y al cabo del lector, con el misterio, pues todas las preguntas decisivas son retóricas, a la cabeza, si exceptuamos el amor, familiar y a los otros, incluido a la palabra.

La iniciación al misterio y la atención contemplativa son asimismo motivos latentes y capitales de 'Los imperdonables' (Siruela), que son los poetas, de Cristina Campo –que comparte también con Arbona su devoción por 'Los novios' de Manzoni y Zambrano, su amiga romana–, hasta ahora, increíblemente, inédita en español, si bien hace poco ha aparecido su exhaustiva y lúcida biografía, 'Vida secreta de Cristina Campo' (Trotta) a cargo de Cristina di Stefano y Pablo Fidalgo Lareo ha recreado en 'Qualcosa nascerà da noi' sus amores difíciles con el poeta Mario Luzi; esperamos que se vierta pronto al español su poesía.

Figura heterodoxa e insólita de las letras italianas, de la literatura en general, medio monja, medio hada, «frágil por fuera, férrea por dentro», como la describiese una amiga, de una sensibilidad aguda, turbadora, luminosa, Campo es una escritora incómoda, por única y por «colocar la verdad delante de todo», visionaria, enigmática a fuer de mercurial, en la que se entra o no; como sucede con su querida Simone Weil, con ella no



hay término medio, o encanta o desespera. William Carlos Williams, en cuya obra rastrea, se sumerge en uno de los ensayos, se quedó estupefacto, flasheado, se diría hoy, ante su exégesis. En una carta le confiesa: «Usted me ha vuelto de revés como un guante, me ha desnudado enteramente». «Hilandería de lo inexpresable», la llama el bárbaro Guido Ceronetti, arrimándola a Santa Teresa, Catalina de